

Budismo y nihilismo

(Diciembre 2005)

Una de las enseñanzas básicas que encontramos en la filosofía de Gautama el Buddha es la concepción de *anātman*. El término designa la contraposición budista al vedántico *ātman*, quizá traducible como Yo Absoluto¹. El Buddha, por tanto, al preconizar la idea de *anātman*, estaba hablando de No-Yo-Absoluto, es decir, de la no eternidad del principio yoico, en realidad de no-sustancia del yo. *Anātman*, con todo, no era sólo una referencia a lo absoluto del Yo, sino a la idea misma de sustancia, ya sea del yo o de cualquier otro objeto. El *anātman* era pues el corolario de la originación dependiente, allí donde todo sujeto u objeto depende de otros de tal modo que no puede decirse jamás que algo posee una sustancia absoluta, por sí misma.

Asustados ante la perspectiva de una falta de eternidad o de esencialidad *en alguna parte*, muchos consideraron que el Buddha estaba predicando una forma más o menos radical de nihilismo. La negación de la idea de sustancia del Buddha ciertamente implicaba el vértigo de atisbar que no hay protección alguna en forma de metafísica absolutista que nos ampare con respecto a la incertidumbre de la existencia, pero ello en ningún caso supuso la renuncia a la certeza o la verdad, que es el núcleo del nihilismo. Todo el esfuerzo original del Buddha está encaminado a enseñar un camino práctico, moral y objetivo, con verdades filosóficas incuestionables, sin acudir a la idea de sustancia, que de acuerdo con él, conduce a callejones sin salida, pues en último término apela a una suerte de eternidad que no se encuentra en la experiencia.

El Buddha, pues, no se limitó a negar. Como resulta claro desde el principio, el Buddha propuso un camino espiritual práctico que ofrecía una libertad positiva y cierta. Su camino, como dijo él mismo hasta la saciedad y otros repitieron después, es *una vía media*, muy difícil de ver dados los presupuestos filosóficos más comunes basados consciente o inconscientemente en la idea de sustancia, a su vez resultado de una inercia psicológica a percibir permanencias donde no las hay, entre el eternalismo metafísico de los *Veda* y el nihilismo en que muchas escuelas filosóficas cayeron después, donde no había nada cierto ni tampoco camino alguno de libertad.

Tal vía media quedó esbozada con la intelectualmente exigente doctrina de la *originación dependiente y lo dependientemente condicionado*, que ahora no vamos a repasar. Sí me interesa ahora, en cambio, retomar el asunto del nihilismo bajo la luz proyectada por la postmodernidad occidental, especialmente desde Nietzsche. Se exigen pues algunas aclaraciones que en último término hablan de hasta qué punto el budismo tal como fue formulado originalmente por su fundador es capaz de dar cuenta del nihilismo europeo (por seguir la expresión de Nietzsche) postmoderno y, por consiguiente, hasta qué punto el budismo tiene capacidad redentora en nuestro mundo. El tema es a mi juicio de gran importancia en la actualidad, dado el rápido crecimiento del budismo y las frecuentes malas interpretaciones del mismo.

Cabe preguntarse, para empezar, hasta qué punto el budismo concebido *allí y entonces* es suficiente para explicar lo *aquí y ahora* está teniendo lugar. Valga como anticipación que no pensamos que pueda darse una respuesta completa sin revisar primero los orígenes propios de la postmodernidad, que pasan naturalmente por una reflexión del mundo filosófico pagano antiguo, el cristianismo y la modernidad. En sentidos importantes, y por razones histórico-filosóficas, el budismo, incluso en el mejor de los casos –allí donde nos quedamos solamente con su riqueza

¹ De algunas *Upanisad* se desprende legítimamente esta traducción; de otras, no tanto, sino más bien simplemente Yo, o Alma, o principio individual. Pero, tal como se nos da la filosofía *Advaita Vedānta* posterior, la traducción de Yo Absoluto no parece ir muy desencaminada.

filosófica universal y no nos deslizamos hacia prácticas y rituales foráneos a Occidente—, no puede dar una respuesta comprehensiva a los factores actualmente en juego. No obstante, sí parece que la idea de la vía media budista tiene algo que decir a lo que se suele llamar la crisis de valores actual, al relativismo y a la cuestión de la verdad.

¿Qué quiere decirse, entonces, con nihilismo en la actualidad? ¿Cuán distinto es del nihilismo adumbrado por el Buddha? Si bien se diría que en común tienen el desprecio por la verdad y una inclinación al relativismo, el nihilismo postmoderno no puede entenderse sin, al menos, lo sucedido en la modernidad. ¿Y qué es lo característico de la modernidad occidental? Desde nuestro punto de vista, y por resumir, lo más característico de la modernidad es la diferenciación tácita de las tres esferas de valor: la Bondad, la Verdad y la Belleza; la intersubjetividad (moral), la objetividad (ciencia) y lo subjetivo (espiritual-artístico). En un proceso largo de explicar (y aquí hemos de remitirnos a otros textos² y autores³) esta diferenciación acabó colapsándose en una de las esferas tan sólo, la de la Verdad (científica), por oposición y excluyendo los valores más propios de la moral (Bondad) y del arte-religión (Belleza). Tal colapso llamó a muchos intentos de equilibrar de nuevo la balanza (el Romanticismo entre ellos), pero lo cierto es que todos se revelaron esencialmente inútiles: la ruptura con un sistema arquitectónico que sostenía todas las piezas a la vez y su deriva hacia el objetivismo, o sea, la procuración de objetividad en terrenos donde no corresponden, encabezaba nuestro mundo hacia un escepticismo nihilista que Nietzsche caracterizaría como europeo con todo el sentido del mundo, pues fue en Europa y en ningún otro lugar donde se originó, procesó y culminó este movimiento.

El nihilismo no sería, así, más que la consecuencia de la falta de valores *interiores* que en el fondo preconizaba la modernidad, como si todo lo que no puede expresarse en términos objetivos no fuese válido. De aquí no se desprende, como muchos argumentaron en plena expansión de este nihilismo objetivista, que la solución se halla *detrás*, a saber en una arquitectura filosófica en que las tres esferas de valor no se han diferenciado suficientemente. Por lo demás, cabría incluso argumentar —sin menospreciar el peligro que acarrea la idea— que sin atravesar el nihilismo o sus efectos no podemos alcanzar una verdadera integración de las esferas en intensidad y amplitud.

En concreto, a caballo del nihilismo postmoderno hemos adumbrado posibilidades filosóficas verdaderamente jugosas, mucho mayores que el nihilismo antiguo, mucho más marginal. El nihilismo fue —y es— un movimiento destructivo que pone en entredicho *toda* concepción previa, toda metafísica, todo valor anterior y tradicional. Pero asimismo *en la matriz misma del nihilismo europeo se reconoce una posibilidad de salvación*. Esto está ejemplarmente encarnado por Nietzsche, por muy deficientes que sean sus soluciones en tantos aspectos. Sus contradicciones internas expresan justamente la tensión entre la sustancia del nihilismo (abrazado y rechazado a la vez), y la venida de una Gran Afirmación.

De aquí se deduce una primera diferencia entre el nihilismo antiguo, pre-moderno, como el que combatió el Buddha, y el nihilismo europeo de la postmodernidad: el primero constituye un extremo filosófico a evitar, mientras que el segundo contiene la posibilidad de un nuevo comienzo a partir del caos. Todavía está abierta histórica y metafísicamente la cuestión de hasta qué punto el nihilismo en su aspecto destructivo puede acabar con nosotros, o hasta qué punto éste es un proceso por el que debemos pasar (individual y colectivamente) para lograr una integración genuina de todos los factores a tener en cuenta en este momento de suprema complejidad real y conceptual.

² Véase, por ejemplo, *La Gran Alternancia*.

³ Son legión: desde Habermas y Gebser, pasando por Wilber y terminando con Foucault, aunque a este último no le gustaba el término postmodernidad, por carecer aún de significado para él.

Lo importante, en todo caso, es tener presente que el nihilismo europeo (exportado al resto del mundo a través de una paulatina modernización, tanto mental como técnica) es un reto que nunca antes había aparecido sobre la faz de la tierra. Es crucial porque una reconstrucción tras el nihilismo, una que retome los valores interiores (subjetivos e intersubjetivos), además de los objetivos, de un modo armónico y no exclusivista, no puede confundirse, como quizá haga el budista occidental ingenuo, con una teoría sustancialista del *Ātman* tal como se daba en tiempos del Buddha. Todo ese discurso, tan común en estos círculos, de repudio de los valores occidentales o modernos, abogando por cierto a retornar no ya a la teoría original del Buddha sino a una versión eternalista posterior, aderezada de numerosos elementos exóticos (tibetanos, pongamos por caso), más que ayudarnos nos incapacita.

El budismo ofrecerá un camino espiritual solvente al Occidente postmoderno a condición de que se tengan en cuenta todos los elementos que engendraron la situación, que pasan en primer lugar por el mundo grecolatino, después por el cristianismo y la modernidad. Cosa que por supuesto nunca o casi nunca se hace. Pero en todo caso la vía media budista entre el eternalismo y el nihilismo oriental antiguo ofrece un modelo general del que aún podemos aprovecharnos, cuidándonos de no sustancializar o eternalizar concepciones tradicionales o de negarles absolutamente valor alguno. La vía media y la originación dependiente, bien comprendidas, habrían ahorrado no pocos problemas a Nietzsche, quien se bamboleó entre radicalismos de un lado u otro, particularmente en su enfática negación de lo cristiano, si bien en el fondo aprovechándose de sus descubrimientos.

Mirado bajo la perspectiva budista de la originación dependiente, innumerables problemas filosóficos que han atenazado a la filosofía occidental, como por ejemplo las luchas entre el atomismo y el holismo, lo empírico y lo racional, encuentran una solución cabal. Ello por la sencilla razón de que, en lugar de predicar uno u otro de los lados de la dicotomía, el Buddha opta por una vía entre medias que no es tampoco los dos a la vez o ninguno de ellos, articulado con perfecta coherencia en la noción de que tanto lo racional como lo empírico son originadas dependientemente, es decir, dependen causalmente lo uno de lo otro.